

La calle para el jueves 22 de julio de 2010

Diario de un espectador

18 para los 18

Miguel ángel granados chapa

La secretaría de Educación pública tuvo la feliz iniciativa de estimular la lectura entre los jóvenes, tan afectados por la falta de horizontes. En una de sus peores expresiones, tal carencia ha producido “la generación del *nini*”, es decir los muchachos que no estudian como correspondería a su edad, ni trabajan, como dictan sus necesidades, por falta de empleo. Esa atribulada condición requiere ser combatida de muchos modos, uno de los cuales es la formación espiritual y práctica, el ensanchamiento de los propios intereses mediante la lectura. Nadie pretende que leer libros se convierta en solución a aquellas carencias, ni mitigue el malestar del ocio forzado. Pero, se pertenezca a esa desgracia generacional, o se tenga una situación diferente, tener a la mano obras literarias que den cuenta de mundos diferentes y den la palabra a los jóvenes es una posibilidad feliz.

La SEP reunió en seis volúmenes 18 novelas cortas que juzgó capaces de enriquecer las vivencias de jóvenes de 18 años. La colección respectiva se llama, por eso, 18 para los 18. Damos enseguida los títulos de esta “selección de narraciones de autores mexicanos que han pasado por los ojos de miles de lectores, muchos de ellos de la misma edad” que los ahora destinatarios. “Por eso creemos, dicen los editores, que hay más de una que va a interesarte; es más, va a conmoverte, entusiasmarto o inquietarte profundamente”.

En el primer volumen aparecen *Elsinore, un cuaderno*, de Salvador Elizondo; *Querido Diego, te abraza Quiela*, de Elena Poniatowska; y *Anónimo*, de Ignacio Solares. Figuran en el segundo: *Soledad*, de Rubén Salazar Mallén; *El solitario Atlántico*, de Jorge López Páez; y *Los relámpagos de agosto*, de Jorge Ibargüengoitia. En el tercer volumen fueron incluidas: *William Pescador*, de Christopher Domínguez Michael; *Educación a los topos*, de Guillermo Fadanelli; y *Las hojas muertas*, de Bárbara Jacobs.

Aparecen en el volumen número cuatro: *Aura*, de Carlos Fuentes; *El libro salvaje*, de Juan Villoro; y *Ninguna eternidad como la mía*, de Ángeles Mastretta. En el quinto volumen: *Las batallas en el desierto*, de José Emilio Pacheco; *La gaviota*, de Juan García Ponce; y *El complot mongol*, de Rafael Bernal; y por último, en el volumen seis *La tumba*, de José Agustín; *La muerte de un instalador*, de Álvaro Enrigue; y *El apando*, de José Revueltas.

La mayor parte de las obras escogidas fueron escritas por autores que aún están entre nosotros, y de ellos seguramente los destinatarios de esta colección han leído alguna obra o por lo menos han oído hablar de ellos, ya

sea porque ejercen una activa vida pública como Carlos Fuentes o, como él mismo y José Emilio Pacheco, han sido galardonados recientemente, en México o en el extranjero. O como Elena Poniatowska, que emocionó a sus oyentes o a quienes leyeron sus palabras, su conmovedora oración fúnebre por Carlos Monsiváis.

Otros autores, en cambio, murieron ya, algunos de ellos mucho antes de que nacieran, en 1992, los lectores pensando en los cuales se preparó esta colección. Rafael Bernal falleció en 1972, a los 57 años. José Revueltas se fue en 1976, a los 62 años de edad, pero está de tal modo vigente que hace unos días vimos en la televisión *El apando* la versión fílmica de su novela aparecida aquí. Jorge Ibargüengoitia murió en 1983, Rubén Salazar Mallén dos años después; Juan García Ponce en 2005, y Salvador Elizondo en 2006